

WEIMAR

(1991)

Llegamos a Weimar en automóvil desde Munich, camino de Berlín, en el verano de 1991, apenas año y medio después de la caída del muro y de una reunificación tan imprevista como acelerada de las dos Alemanias, el primero de una cascada de acontecimientos que acabarían desmembrando primero su imperio y a la propia Unión Soviética después. Europa dejaba atrás con una mezcla de alegría y de vértigo las últimas secuelas de la II Guerra Mundial y de la guerra fría que la siguió y se acercaba, rápidamente y sin querer advertirlo, a la descomposición de Yugoslavia y a una década de guerras fratricidas en los Balcanes.

De Weimar sabíamos que había sido la residencia de Lucas Cranach, el Viejo, de Martín Lutero y de Johan Sebastian Bach; que desde finales del siglo XVIII se consideraba la capital universitaria de Alemania; que fue uno de los centros culturales más importantes de Europa durante todo el siglo XIX y los comienzos del XX, en gran medida gracias al mecenazgo de sus gobernantes, en particular de Carlos Augusto, duque de Sajonia-Weimar, quien atrajo a la ciudad a intelectuales como Goethe, Schiller o Herder. En Weimar

residieron o pasaron largas temporadas Nietzsche, Schopenhauer y Franz List, y a comienzos del siglo XX fue, junto a Dessau, e incluso antes que ella, uno de los centros fundamentales de la Bauhaus. De hecho, la Bauhaus nació y se desarrolló en Weimar durante sus primeros cuatro o cinco años. También sabíamos que fue el lugar elegido por los diputados alemanes de 1919 para aprobar la constitución que dio origen a la primera la república alemana conocida desde entonces como República de Weimar.

Faltaban todavía siete años para que el centro histórico fuera declarado Patrimonio de la Humanidad por la calidad artística de los edificios y parques situados en la ciudad y sus alrededores, y era evidente el acelerado esfuerzo de reconstrucción y embellecimiento de fachadas y edificios históricos que estaba en curso, una clara demostración tanto del cariño de sus habitantes por el patrimonio artístico acumulado como del empeño de las autoridades de la República Federal por hacerse presentes en el territorio de la antigua RDA y recuperar, también en este ámbito y hasta donde fuera posible, “el tiempo perdido”.

Paseando por sus calles empedradas, recorriendo sus pequeñas plazas, sentándonos en las terrazas de sus cafés, contemplando los balcones de hierro forjado, las estatuas de

pensadores y artistas, las fachadas de las bibliotecas y liceos, deteniéndonos ante las fuentes de angelotes y cornucopias, es decir, sumergidos en aquel ambiente barroco, rococó a ratos, y en todo caso armonioso y tranquilo, nos resultaba difícil imaginar, como comprobamos más tarde, lo cerca que nos encontrábamos de esa colina de fácil acceso sobre la que, rodeado de un bosque de coníferas que apenas podría haberlo disimulado de la curiosidad de los vecinos, se levantó en 1937 el complejo de barracones, almacenes, hornos, torretas, viviendas, alambradas y reflectores del campo de concentración de Büchenwald.

Ascendiendo hacia el campo, deteniéndonos a mitad de la subida ante el monumento que contiene las listas de los muertos de treinta y tres nacionalidades grabadas en estelas de piedra; o una vez arriba, ante los paneles repletos de mapas, gráficos y fotos de presos, guardianes y edificios dispuestos junto a las instalaciones que en su día albergaron la administración del campo, bajo la entrada principal al recinto presidida por la leyenda “El trabajo libera” en letras góticas de hierro forjado; y, luego, ya dentro, ante la desolada planicie donde se agolparon en su día los barracones de los prisioneros, tuvimos la sensación de entrar en otro mundo. A ello contribuía, sin duda, el sonido del viento entre los árboles, el hecho

de que nadie salvo nosotros y un pequeño grupo de cadetes de la una escuela de policía (entre los que había una o dos mujeres) estuviéramos allí esa mañana; también la impresión, a un tiempo monstruosa y banal, producida por lo que veíamos.

El viento silbaba suave y persistente, el instructor les hablaba a los cadetes en voz muy baja, ellos lo escuchaban en un silencio casi religioso y nosotros, sumidos en una súbita y completa parálisis emocional, no sabíamos qué decir, probablemente porque lo que sentíamos superaba nuestra capacidad de comprensión. Pues aparte de aquella desolada extensión de grava blanca sobre la que a nuestra derecha se alzaban uno o dos edificios de ladrillo grisáceo cuya función originaria era rápidamente delatada por la carencia de ventanas y las altas chimeneas cónicas del techo, allí no había nada más que ver como no fuera un imaginario desfile de espectros ataviados con los restos del uniforme a rayas que les entregaban al entrar, perpetua legión de ánimas en pena en ese “Bosque de las almas” que es el significado de la palabra alemana que, según se dice, el propio Himmler, tras enconados debates trufados de intereses económicos y corporativos, acabó escogiendo para designar el campo.

Si durante siglo y medio Weimar fue el escenario privilegiado de una serie de movimientos culturales, artísticos y universitarios que se extendieron más allá de los límites Turingia e, incluso, de Sajonia, para irradiarse por toda Alemania e incluso por otros países europeos, Büchenwald fue desde un principio diseñado para desarrollar otro tipo de representación, un espectáculo de muy distinta naturaleza pero cuyos impactos se extendieron también por Alemania y Europa. Pues el campo de Büchenwald acabó siendo la enorme cabeza de una medusa formada por más de ochenta campos satélites ubicados entre las orillas del Rin y los bosques de Moravia por donde acabaron pasando unas 250.000 personas de las cuales en torno a 50.000 perdieron la vida, aunque la cifra exacta no se ha podido establecer pues muchos recién llegados eran ejecutados en el momento de su llegada sin haber sido registrados, y un número indeterminado de internos murió durante las extenuantes marchas organizadas por la SS en las últimas semanas de la guerra.

Recuerdo el impacto que nos produjeron algunas fotografías tomadas por miembros de las SS en los años inmediatamente anteriores al comienzo de la guerra, sobre todo el contraste entre una de ellas, una panorámica de varios cientos de judíos recién

llegados tras las detenciones masivas que siguieron a la noche de los cuchillos largos, todavía con su indumentaria civil formados en columnas y filas alineadas a la entrada del campo, con otra, tomada cuatro o cinco años después, de un grupo de prisioneros – los rostros cadavéricos, los ojos hundidos, el traje de rayas hecho harapos – hacinados de mala manera en literas superpuestas, que más que lugares para dormir parecían los angostos e insalubres respiraderos del averno. O aquella en la que un grupo de prisioneros cargaban sobre los hombros grandes bloques de piedra y cuya nota al pie explicaba, con el sobrio lenguaje de los informes periciales, que los bloques de mayor tamaño se transportaban en carros tirados por los propios presos a los que sus guardianes azotaban con látigos de cuero para que subieran la ladera cantando canciones del folclore alemán y a quienes denominaban con el “simpático” mote de “los caballos cantarines”. Había fotos donde se veían joyas y otros objetos personales de valor, incluidos dientes y muelas de oro, confiscados tanto a los vivos como a los muertos, y otras que mostraban objetos de escritorio (carpetas, pisapapeles, mangos de abrecartas y de tijeras, pantallas de lámparas) fabricados al parecer con la piel de prisioneros ejecutados.

Con todo, algunas de las que nos causaron mayor impresión fueron tomadas uno o dos días después de la liberación y en ellas podían verse varios oficiales del ejército americano guiando a un grupo de civiles alemanes de visita en el campo. Las leyendas explicaban en alemán y en inglés que eran prominentes ciudadanos de Weimar, algunos de ellos miembros de la corporación municipal, a quienes las autoridades de ocupación habían obligado a subir la colina para mirar de frente y con sus propios ojos lo que durante las primeras entrevistas habían asegurado desconocer: que a escasos cinco kilómetros de sus casas, comercios, institutos e iglesias relativamente respetados por la guerra, se había levantado y había estado funcionando durante ocho años un complejo carcelario de tamañas proporciones y tan tétricas finalidades.

Todo esto volvió a mi memoria de forma fragmentaria y hasta cierto punto dolorosa dieciocho años después, mientras preparaba la presentación de una antología de poemas sobre la piel. Se me ocurrió teclear en Google las palabras “la piel humana en la poesía” y obtuve 203.000 entradas. La primera era un artículo sobre la poesía de José García Nieto donde no encontré nada de interés. La segunda daba cuenta del re-estreno, en noviembre de 2007, a los treinta años de su primera puesta en escena en España, de

“Guantes de piel humana”, una obra de teatro de Julio Clemente Lortau que recrea cómo el matrimonio formado por Karl Otto Koch y su esposa Ilse concibieron y llevaron adelante la idea de fabricar guantes, lámparas, encuadernaciones para libros y otros objetos de escritorio, algunos de los cuales conservaron para su uso personal mientras otros eran comercializados, con la piel de los judíos que iban siendo exterminados en el campo de concentración Büchenwald. Karl Otto, empleado de banca antes de unirse a las SS, lo dirigió entre su creación y la fecha de su cese como responsable del campo en 1941.

Aquellos nombres y aquella historia pugnaron por hacerse presentes otra vez en mi memoria sin lograrlo del todo y para ayudarla tecleé el nombre de Karl Otto Koch en Google y consulté la ficha que sobre él nos ofrece esa enciclopedia en permanente construcción que es Wikipedia. No había mucho. Que se casó en segundas nupcias con Ilse Koch en 1936 a quien conoció mientras él dirigía y ella trabajaba en el campo de Sachsenhausen; que a continuación Ilse fue nombrada supervisora, tuvo un grupo de mujeres de las SS bajo su mando y acabó siendo conocida por la “bruja de Büchenwald”; que en 1941 Karl Otto fue cesado y transferido a un campo en Lublin (Polonia); que la Gestapo lo

arrestó en 1943 acusado de robo, estafa e insubordinación; que fue juzgado y hallado culpable de ordenar (sin permiso de sus superiores) las ejecuciones de Walter Krämer y de su ayudante médico Peix para impedir que divulgaran que lo habían tratado de sífilis. Kart Otto fue fusilado en Büchenwald el 5 de abril de 1945, una semana antes de la llegada de los americanos. Por su parte, Ilse, condenada a cadena perpetua al acabar la guerra, fue liberada cinco años después lo que causó tal revuelo que volvió a ser detenida y juzgada de nuevo, y se ahorcó en su celda en 1967.

Había, por supuesto, otras páginas electrónicas con detalles adicionales sobre el matrimonio Koch, con más fotografías y con fragmentos del informe de los oficiales norteamericanos encargados de investigar lo ocurrido (el cual incluía testimonios de numerosos supervivientes) y todo eso me permitió tener una idea más precisa del papel de Büchenwald en el universo concentracionario nazi de la que yo había logrado formarme tras la visita. Así supe, por ejemplo, que Büchewald no fue originalmente concebido para el exterminio directo sino más bien para la “aniquilación por el trabajo” y que en él se mezclaban prisioneros de muy diversos tipos, desde judíos a prisioneros políticos o de guerra, pasando por homosexuales y miembros de etnias consideradas inferiores, pero

que también disponía de un pabellón para prisioneros ilustres donde fueron internados, entre otros, León Blum, Bruno Bethelheim, Imre Kestsz o Mafalda de Saboya.

Mientras iba leyendo datos, cifras, anécdotas y detalles escalofriantes (como la costumbre de alimentar al oso del zoo situado en las afueras del campo arrojándole un judío vivo cada mañana), incomprensibles (como la profusión de edictos destinados a proteger la fauna silvestre del bosque) y no pocas veces ridículos (y, por eso mismo, aún más escalofriantes si cabe), una imagen me volvía al recuerdo una y otra vez y era la de un comedor decorado según el gusto de una familia de clase media a comienzos de los años cuarenta donde dos adultos sonrientes, un hombre y una mujer de mediana edad, sostienen cada uno a una preciosa criatura sobre las rodillas. Una imagen de simpatía y felicidad hogareña más bien banal si no fuera por el hecho de que el hombre luce el uniforme de las SS, el comedor es el de la vivienda del director de Büchenwald, una de cuyas aficiones era coleccionar Biblias encuadernadas con piel humana, mientras uno de los médicos a sus órdenes realizaba una tesis sobre tatuajes coleccionando para ello cientos de trozos de piel de los internados en el campo.

Dudé si incluir estas referencias en mi presentación de la antología de poemas sobre la piel, sobre todo porque, como me mostró enseguida la tercera entrada que consulté - un portal titulado “Más allá” con un documentado artículo de Manuel Moros Peña en portada – la insana pasión del matrimonio Koch en el empleo de la piel humana había tenido al parecer notables precedentes. Y es que formando parte del particular gusto por lo único, lo extraño y lo inusual desarrollado en Europa desde comienzos del siglo XIX, algunos fetichistas poseían libros eróticos encuadernados con piel tomada del pecho de mujeres. Según este autor, los hermanos Goncourt cuentan en su “Mémoires de la vie littéraire” (1888) que en 1866 varios médicos internos del hospital de Clamart de París fueron despedidos tras descubrirse que habían vendido la piel de los pechos de mujeres fallecidas a un encuadernador del Faubourg Saint-Germain.

Moros Peña, especula que podría tratarse del editor de libros eróticos Isidoro Liseux (1835-1894) quien decía haber visto el primer volumen de la octava edición de “Justine”, del Marqués de Sade, encuadernado de esta forma. Por su parte, prosigue Moros Peña, Iwan Bloch (1872-1922), dermatólogo berlinés y padre de la sexología moderna, quien poseía una biblioteca personal de más de 40.000 ejemplares, también dejó constancia del uso de esta piel

para encuadernar libros con los pezones formando unas protuberancias características tanto en la tapa anterior como en la posterior. Y René Kieffer (1876-1963) contó al *Mercure de France* que había encuadernado de esta forma un ejemplar del “Elogio de los senos de las mujeres” de Mercier de Compiègne por encargo del doctor Cornil, profesor de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de París que, lógicamente, tenía fácil acceso a este material. El doctor también hizo que Kieffer le encuadernara “Los tres mosqueteros” con un pedazo de piel tatuada con dos caballeros de Luis XII batiéndose en duelo, y un Buba de Montparnasse con otra pieza adornada con un corazón atravesado por una flecha. El encuadernador Mar Dard Hunter, explica Moros Peña, cuenta en su obra *My Life with Paper* (1958) que en una ocasión fue contratado por una viuda para que encuadernara con piel de su difunto esposo un volumen de cartas de amor que le había enviado antes de morir. Tiempo después, Hunter se enteró de que la joven se había vuelto a casar y se preguntaba si su nuevo marido se vería como un volumen dos. Concluía su historia con el deseo de que se tratara “estrictamente de una edición limitada”.

Si no amor, puede decirse que fue una admiración desarrollada hasta lo patológico la que impulsó en 1831 a André

Leroy, un joven estudiante de Derecho, a profanar el cadáver de Jacques Delille, un profesor de poesía latina en Saint Severin, en la Auvernia francesa. En 1769 Delille publicó una traducción de las Geórgicas de Virgilio que alcanzó un gran éxito de ventas. Cuando murió fue llevado al tanatorio para ser embalsamado. Esa noche, un ferviente admirador forzó la puerta y arrancó del cadáver todos los trozos de piel que pudo. Los curtió y con ellos encuadernó su ejemplar. Sin duda, el joven dio otra vuelta de tuerca a la caza de autógrafos.

Para terminar, Moros Peña cita una historia de amor a primera vista, de “sentimientos a flor de piel”, podría decirse. El astrónomo y escritor francés Camille Flammarion (1842-1925) felicitó a una bella condesa durante una recepción en París por la suavidad de la piel de sus hermosos hombros. La joven estaba enferma de tuberculosis, una patología mortal en la época. Años después, en 1882, cuando Flammarion regresaba a su casa de la Rue Cassini después de haber pasado toda la jornada trabajando en el Observatorio de París, su conserje le entregó un paquete que le había traído un mensajero. Ya en su habitación, lo abrió y contempló con horror que contenía un pedazo de piel humana. Pensó que había sido objeto de una broma macabra hasta que leyó

la carta que lo acompañaba. Era del prestigioso doctor Ravaud, quien le explicaba que en sus momentos finales la bella condesa le había pedido que le hiciera llegar la piel de aquellos hombros que le habían cautivado años atrás para que con ella encuadernara uno de sus libros. El astrónomo, emocionado, llevó la piel a un curtidor de la Rue de la Reina Blanche, y luego a Engel, el encuadernador, que la usó para envolver una copia de su obra “Les terres du ciel” (1877). El ejemplar se conserva, por cierto, en el Observatorio Juvisy de la localidad francesa de Juvisy-sur-Orge.

Al final preferí resumir todo lo anterior en un par de párrafos de mi presentación de la antología para pasar enseguida a temas más alegres y menos siniestros. Por ejemplo, a la lectura de dos bellos poemas de contenido más o menos erótico que aparecían en la cuarta y quinta entradas de “la piel humana en la poesía”. “Entre Eros y Tanatos” me dije “siempre Eros”. Sin embargo, al día siguiente apareció en distintos medios la fotografía del presidente Obama visitando Büchewald en compañía de la canciller Merkel y de dos ancianos de cabellos blancos, supervivientes del campo, para depositar, con gesto serio y expresión compungida, una rosa blanca sobre la desnuda losa encastrada en el suelo de la antigua zona de barracones, y todo se revolió de nuevo en mi interior, pues

me pregunté si bastaría con una mención tan breve y en cierto modo marginal, si tras lo ocurrido durante la II Guerra Mundial (y otras guerras y genocidios posteriores), se podía seguir antologando poemas sobre la piel y presentando esas antologías como si tal cosa.

Preocupado, revisé la presentación e introduje un párrafo sobre la piel como elemento central en la construcción de la identidad y la segregación, como un territorio de frontera, no solo en el plano individual sino también en el social, como la primera y última frontera y, en consecuencia, la frontera antonomasia. En todo caso, y para tranquilizar mi conciencia, me dije que había una diferencia sustancial entre los fetichismos citados en el artículo de Moros Peña y los crímenes del matrimonio Koch y otros carceleros de Büchenwald pues mientras aquellas eran desviaciones más o menos individuales ejecutadas sobre la piel de mujeres muertas, éstos desarrollaron su perversa actividad a escala industrial y como el subproducto de una estrategia de esclavitud cuidadosamente diseñada y sistemáticamente ejecutada por una ideología totalitaria y racista que había conseguido la complicidad de una parte importante de la sociedad y se había adueñado del Estado.

Pocos días más tarde, el 19 de junio, coincidiendo con el día de 1865 en que fue oficialmente abolida en el país, el Senado de Estados Unidos aprobó por unanimidad una resolución pidiendo disculpas por los dos siglos y medio de esclavitud de la población de color (lo que me produjo satisfacción) y estableciendo que dicha resolución no podrá ser utilizada para pedir una reclamación al Estado por los descendientes de los esclavos (lo que, habiendo vivido casi ocho años en Washington y conociendo el valor no solo material sino también simbólico de las compensaciones monetarias en la cultura norteamericana, me produjo un innegable desasosiego pues hasta donde yo sabía, el asunto de las indemnizaciones a las víctimas de la barbarie nazi había sido tratado por el estado alemán – tras no poca polémica, eso sí - en un plazo menor y de una forma mucho más satisfactoria para los damnificados).

Por razones que ahora se me escapan, intenté también establecer algún paralelismo entre el heroico sacrificio del primer batallón de soldados negros del ejército de la Unión durante la Guerra Civil americana cuyo monumento conmemorativo yo había contemplado en Boston en 2006 y el concreto acontecimiento recordado por Jorge Semprún, prisionero él mismo en Büchenwald, en un artículo publicado con ocasión de la visita del presidente

Obama al campo. En él se hacía eco del relato de los dos primeros militares norteamericanos del ejército de Patton, Egon W. Fleck y Edgard A. Tenenbaum (*“Estupenda ironía de la historia,”* escribió Semprún *“memorable revancha: dos judíos norteamericanos, de filiación germánica”*) quienes subieron hasta la entrada principal de Büchewald por la misma carretera que habíamos usado también nosotros para darse bruces con varias columnas de seres humanos harapientos y que apenas podían tenerse en pié, pero encuadrados por los jefes de la resistencia interna del campo, armados con el armamento arrebatado a sus guardianes, dispuestos a unirse a la lucha contra los nazis, y cantando. Y no precisamente las forzadas canciones de los “caballos cantarines” que tanto les gustaban a los miembros de las SS sino himnos populares y canciones revolucionarias en varios idiomas, entre ellos el ¡Ay, Carmela! en español. Pues si algo distingue también a Büchenwald es haber sido uno de los pocos campos de concentración nazi que fue liberado por los propios reclusos, aunque fuera cuando ya las tropas norteamericanas se encontraban en la afueras de Weimar. Recordé que la historia de cómo se organizó y se sostuvo a lo largo de los años de cautiverio esa organización de resistencia, y el papel contradictorio y no siempre bien avenido de los distintos grupos étnicos, las diversas ideologías y los diferentes enfoques (por

ejemplo, el de los activistas políticos y el de los militares profesionales) en ella, se resumía en varios paneles informativos situados a la entrada del memorial del campo; en cualquier caso coincidí con Semprún en que en esa epopeya masiva y en gran medida todavía anónima anida una gran novela que aún está pendiente de ser escrita.

Al acabar de leer ese artículo, resentí por un momento el estado de ánimo con que abandonamos Büchenwald y, de regreso a Weimar, contemplamos otra vez, pero ya no del mismo modo que por la mañana, las armónicas proporciones de sus edificios, el tranquilo ritmo de sus calles o la recoleta tranquilidad de sus plazas. Porque ante la fachada de estilo gótico tardío del edificio de tres plantas del ayuntamiento, contemplando la estatua conjunta de Goethe y Schiller con la fachada neoclásica del teatro al fondo, frente al primer edificio de la Bahaus, ante el palacio que alberga la biblioteca de Anna Amalia o recorriendo por última vez los jardines del Belvedere, mis hijos, su madre y yo compartimos esa tarde algo iluminador y terrible. No pude, como es natural, recordar la conversación, entre otras cosas, porque fueron varias, pero sí que nuestras dificultades para dar con los conceptos y las palabras adecuadas durante esa noche y buena parte del viaje del siguiente

día. Conceptos y palabras que incluyeran no solo la desconcertante yuxtaposición de tanta belleza y tanta barbarie sino también el hecho, escuetamente mencionado en uno de los paneles del memorial recién visitado, de que tras la partición de Alemania y la ocupación de Weimar por la tropas soviéticas, Büchenwald, rebautizado como Campo Especial número 2, siguió funcionando hasta 1950 y que en esos cinco años albergó a unos 25.000 prisioneros de los que 7.000 murieron en su interior. Es decir, conceptos y palabras que también incluyeran al Gulag estaliniano.

Fue unos días después de la presentación de la antología de poemas sobre la piel, que, no por casualidad, se hizo en una de las aulas de la antigua Facultad de Medicina de Madrid hoy en día incluida en las dependencias del Colegio de provincial de médicos, releendo como quien dice por casualidad las páginas finales de “Austerlitz”, el último gran libro de W. G. Sebald, en el que la memoria del nazismo, de la II Guerra Mundial y de los campos de concentración ocupa un lugar prominente, cuando di con el siguiente párrafo: *“Había sido realmente aterrador, escribe J..., ver abrirse, a un paso del suelo firme, semejante vacío y comprender que no había transición, sino sólo aquel borde: en un lado, la vida sobreentendida y, al otro, su inimaginable contrario”*.

Aquellas palabras (“*comprender que no había transición, sino solo aquél borde*”) retrocedieron en mi memoria hasta quedarse suspendidas sobre aquella tarde del verano de Weimar y sobre la jornada de viaje que siguió, cuando su madre y yo tratábamos de explicarles a nuestros hijos, desde nuestra personal experiencia de militancia democrática y antifranquista, qué había significado para nosotros la visita a la ciudad y al campo sin conseguirlo del todo. Yo había echado mano a la conocida sentencia de Keats sobre la imposibilidad de reconciliar Verdad y Belleza y el sentimiento trágico que de ello deriva, pero ya entonces me había parecido una explicación insuficiente. Probablemente por demasiado elaborada. En ese sentido, la frase de Sebald – y alguna literatura reciente o recién reeditada sobre “los buenos alemanes” (incluyendo varias películas) – funcionaba mejor porque ponía las cosas en su sitio. Pues aquél estrecho “borde” entre la “vida sobreentendida y su “inimaginable contrario” era capaz de generar horror al no tratarse solamente de un espacio geográfico más o menos limitado (los escasos diez kilómetros que separaban la entrada principal de Büchenwald del centro de Weimar se siguen pudiendo recorrer a pie o en tranvía) sino principalmente de un escenario anímico, un “vértigo” interior derivado de la doble constatación de que en cada uno de nosotros conviven el poeta y el carcelero, y de que, tanto en

el plano individual como en el colectivo, el amor a la Belleza y el gusto por la Cultura no bastan para determinar cual de los dos acabará finalmente prevaleciendo.